

8250576

49616

4FS

STY. 158

**ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA**

IDENTIDAD CULTURAL Y DESARROLLO:

ALCANCE Y SIGNIFICACION

por

HUYNE Cao Tri

Enero de 1981

Las opiniones expresadas en el presente documento, la selección de los hechos y su interpretación son de la exclusiva responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente la opinión de la Unesco.

IDENTIDAD CULTURAL Y DESARROLLO: ALCANCE Y SIGNIFICACION

El concepto y la práctica del desarrollo, tal como a menudo se entienden, han mostrado sus límites y sus imperfecciones. Desde hace varios años se vienen buscando nuevas vías y nuevos enfoques, tanto en las instituciones del sistema de las Naciones Unidas como en las instituciones nacionales encargadas del desarrollo. La toma de conciencia de las imperfecciones de los modelos de desarrollo actualmente vigentes, que se centran en el economismo, el productivismo y el tecnicismo en detrimento de las verdaderas necesidades humanas y sociales y de las aspiraciones de las poblaciones, tiende a conceder cada vez mayor importancia a la dimensión cultural del desarrollo.

Tras un periodo de seudoeuforia en que los factores materiales ocupan un lugar predominante en la concepción del crecimiento, el hombre se ha convertido en el centro de las preocupaciones en el nuevo enfoque del desarrollo. Habiéndose centrado éste en el hombre, en sus capacidades y su creatividad, los factores socio-culturales se reconocen ya a la vez como factores determinantes y como resultados últimos del desarrollo. Los países en desarrollo, cada vez más conscientes de su acervo cultural y social, reivindican el respeto de su identidad cultural frente al etnocentrismo, a la arrogancia cultural y al evolucionismo cultural, su corolario. Esta afirmación de su propia personalidad cultural, condición de la dignidad nacional, es fundamental para todo esfuerzo colectivo en favor del desarrollo.

El desarrollo endógeno es esencialmente un desarrollo originado desde el interior, que quiere estar al servicio del hombre, es decir, que se propone, en primer lugar, satisfacer las necesidades y aspiraciones reales de las poblaciones para asegurar su plenitud.

Al igual que el organismo que se desarrolla según su propia estructura, una sociedad no se desarrolla verdaderamente sino siguiendo su propia fórmula.

En primer lugar, una sociedad, para desarrollarse, debe comenzar por mantenerse fiel a sí misma, pues lo que no existe, no puede desarrollarse. Además, el proceso de desarrollo no debe conducir a la destrucción, a la alteración o la alienación de la personalidad de los pueblos. La historia ofrece numerosos ejemplos de sociedades absorbidas por otras más fuertes. Es posible que los territorios y los hombres de las sociedades así absorbidas lleguen a ser después más prósperos y más "cultivados" (según el modelo de cultura dominante) de lo que antes eran, pero la sociedad absorbida ha dejado de existir y, por lo tanto, no puede desarrollarse.

La visión etnocéntrica del desarrollo -principalmente al servicio de los intereses de los países occidentales industrializados considerados como "centros"- y su planteamiento reduccionista -que concede a la producción económica mayor importancia que a cualquier otro valor- han dado lugar a un concepto estrecho del desarrollo cuya aplicación ha ocasionado la dependencia permanente de las sociedades "periféricas", los desequilibrios sociales y los avatares económicos, la inestabilidad política y el empobrecimiento cultural y humano de los países del Tercer Mundo. Al adoptar una concepción mecánica y unilínea de la historia y del devenir de las sociedades, la "carrera del desarrollo", que persigue sobre todo una industrialización acelerada y una "modernización" generalizada de la sociedad, se ha convertido esencialmente en un mecanismo de "aculturación" de sentido único, que realiza la transferencia de los modelos de cultura de los países "desarrollados" industrializados hacia los países en desarrollo, del "centro" hacia la "periferia", obteniendo a cambio riquezas materiales y desempeñando así el papel que antes desempeñaba la colonización.

El desarrollo endógeno debe, por el contrario, basarse en los contextos reales de la sociedad, de las necesidades y aspiraciones de la población y, por otra parte, de los recursos actuales y potenciales -humanos, materiales, técnicos, financieros, etc.- de que dispone la sociedad en cuestión, teniendo en cuenta las limitaciones de todo orden propias de esos contextos. Cada sociedad debería encontrar su propio tipo y estilo de desarrollo refiriéndose a las características de su cultura y a las estructuras de pensamiento y de acción que le son propias. Hay tantos esquemas y "modelos" de desarrollo como sociedades. No existe un modelo único de desarrollo: la experiencia de los últimos decenios ha demostrado claramente que ningún modelo de desarrollo es universal ni universalizable y que no puede generalizarse en el espacio ni en el tiempo.

La Asamblea General de las Naciones Unidas, en su Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional, proclamó "el derecho de cada país a adoptar el sistema económico y social que considere más apropiado para su propio desarrollo, sin sufrir como consecuencia de ello ninguna discriminación".¹⁾ Esta reivindicación se inscribe en el marco de los derechos de los pueblos a su soberanía y de los derechos humanos a su propia cultura, contra el colonialismo, el neocolonialismo y las discriminaciones raciales, étnicas, lingüísticas y culturales.

La cultura de un pueblo es la resultante dinámica de la interacción, a menudo dialéctica, del hombre -a través de sus necesidades y capacidades- y el medio circundante -con sus recursos y sus limitaciones en el que vive y evoluciona. Es un conjunto de conocimientos y de técnicas, valores, aspiraciones, creencias, actitudes, estructuras de comportamiento y relaciones con todo lo que le rodea (sus allegados, sus compatriotas, sus semejantes, la naturaleza y otras fuerzas, imágenes o representaciones espirituales). Es el genio de un pueblo y su arte en la búsqueda del progreso y de la felicidad, habida cuenta de sus necesidades y aspiraciones, de los problemas, posibilidades y restricciones que le imponen su entorno, la percepción y la concepción particular que le son propias, su lugar en el universo, su cometido y el sentido de su existencia. La dimensión cultural condiciona así la orientación fundamental del desarrollo, su tipo y su estilo. Así pues, para asegurar un desarrollo auténtico, es necesario restituir la identidad cultural de los pueblos en la plenitud de sus componentes más representativas, más profundas y auténticas, a fin de utilizarla como "fuente" de valores, catalizador de creatividad y movilizador de energía para un desarrollo endógeno y auténticamente humano.

Admitida la importancia de la dimensión cultural, varias corrientes ideológico-culturales ofrecen, a partir de contextos variados y de visiones diferentes del desarrollo, perspectivas divergentes sobre la identidad cultural que se ha de preservar y consolidar, con objeto de sostener el esfuerzo del desarrollo y de darle sentido.²⁾

a) Ante todo, la corriente "arcaizante-idealista"

Como la mayoría de los países en desarrollo estuvieron colonizados o dominados durante largo tiempo, las graves secuelas del proceso de colonización provocadas por la desintegración social y cultural y el traumatismo causado a las poblaciones persisten después de su acceso a la independencia nacional.

"La erosión de la identidad colectiva y la despersonalización de los individuos son, en los planos sociológico y psicológico, los dos aspectos del fenómeno de socialización en la dependencia"³⁾ impuesta por la potencia colonizadora a través de un sistema de justificaciones y racionalizaciones establecido por el poder

político, la escuela, los medios de trabajo y las iglesias. "No es, pues, sorprendente que se observen en la sociedad colonizada fenómenos de repliegue sobre sí misma, tanto como de dependencia. Estos fenómenos representan las diversas formas implícitas de rechazo del sistema dominante, ya sea mediante un retorno a valores o instituciones tradicionales, ya mediante la huida de las realidades inmediatas".⁴⁾ Estos "valores-refugio" son como salvavidas para la sociedad colonizada, que se protege tras su pasado, su historia, su organización social anterior, sus usos y costumbres, sus expresiones folklóricas y sus creencias mitológicas, a las que atribuye un valor y una importancia considerables: no hallando porvenir que construir, la acción política e histórica se ocupa de edificar un pasado siempre idealizado y mitificado. Otra forma de repliegue bastante corriente viene dada por la aparición de diferentes formas de mesianismo o de profetismo (movimientos religiosos, sectas, sociedades secretas) que incorporan elementos de la religión tradicional y del colonizador en una nueva teología híbrida y acusadamente sincrética por la que se expresan de una manera indirecta pero apenas velada, las frustraciones y aspiraciones de la sociedad dominada.⁵⁾

En el contexto de las secuelas persistentes de la disgregación cultural y social provocada por la dominación extranjera, las reacciones de autodefensa de la sociedad autóctona tienden a manifestarse a través de la corriente "arcaizante" que, fiel a su enfoque clásico, proconiza un "regreso a los orígenes", a un pasado idealizado en el plano de los valores culturales, ideológicos y éticos. Se observa que esta corriente es con frecuencia representativa de las clases sociales dominantes, como las feudales, y de amplios sectores de la burguesía nacional que intentan, mediante la adhesión a las formas de pensamiento arcaicas y a veces retrógradas, perpetuar sus privilegios y modos de vida aristocrática a expensas de las clases trabajadoras. En realidad, las formaciones sociales de los países en desarrollo presentan a la vez caracteres generales similares a las otras sociedades y caracteres particulares derivados de su propia especificidad y de su evolución socio-histórica, marcada por la dependencia.⁶⁾ Aunque conviene distinguir, por otra parte, las "especificidades-hechos", que constituyen uno de los componentes de la realidad objetiva, de las "especificidades-valores", en realidad, un hecho es siempre portador de valores. El problema es que las nuevas circunstancias originan nuevas necesidades a las que corresponden los nuevos valores que es preciso reconocer con oportunidad y pertinencia, sin perder de vista la necesaria evolución y el avance inexorable del progreso. Se advierte, por lo demás, la existencia de "movimientos de liberación nacional que se han visto conducidos a "sobredeterminar" ideológicamente las peculiaridades nacionales con el fin de dar una base más sólida a la legitimidad de la lucha nacional, ampliar su propio ámbito sociocultural en detrimento de la influencia extranjera y, de ese modo, librar su combate con más eficacia".⁷⁾ Pero, una vez alcanzada la independencia nacional, ese planteamiento táctico aplicado por los movimientos revolucionarios radicales durante la lucha se encuentra relegado en el último estrato de la política cultural nacional en provecho de un enfoque que presentamos en las páginas siguientes y que cabría calificar de "futurista-radicalista", en el plano del pasado cultural.

b) La corriente "tecnocrático-racionalista-modernista"⁸⁾

Esta corriente, bastante generalizada y predominante en los países de régimen liberal del Tercer Mundo, se refiere a los valores "universales" que, según ella, representan la tecnología, la ciencia y la organización racional para el progreso. Los representantes de esta corriente pertenecen, en general, a ciertos estratos de la burguesía intelectual técnica, burocrática, en particular los titulados universitarios -sobre todo de universidades extranjeras- cuya promoción social ha sido facilitada por el acceso de su país a la independencia política. Para ellos, el

factor tecnológico y racional predomina sobre todo lo demás -economía, política, cultura, ideología- que es juzgado, más o menos conscientemente, a través de ese prisma. De tendencia aparentemente cosmopolita, esta corriente se incorpora en realidad a valores fundamentales de la Europa occidental y pugna por atenuar la corriente de oposición a las diversas formas de dominación extranjera. Por su profundo desconocimiento del potencial creador de las masas populares, cuya existencia ni siquiera se sospecha, la participación popular y la verdadera democracia no se consideran como condiciones fundamentales del progreso, por lo que esa corriente de esencia elitista imprime un efecto inhibitor, no sólo en la esfera de la creación sociocultural y tecnológica, sino también -a consecuencia de ello- en la determinación de las actitudes políticas a través de un condicionamiento ideológico sutil que tiende a la imitación estéril y a la transposición irreflexiva de valores y tipos de organización económica y social inadecuados para las situaciones y realidades de los países del Tercer Mundo.

c) La corriente "futurista-radicalista"

"La sociedad colonizada y dominada, que sufre un profundo sentimiento de inferioridad y de incapacidad y se refugia en el pasado, a veces como en un paraíso perdido, en el mito o la utopía, es, por su propia representación de sí misma y por las aptitudes que adopta, una sociedad psíquicamente inhibida, privada de las motivaciones individuales y colectivas indispensables para su liberación"¹⁰⁾ y para su desarrollo autónomo. Esta alienación bajo todas las formas, económica, política, social, cultural, a lo largo de los años origina la pasividad y el fatalismo de la población. La toma de conciencia de esa realidad y de sus causas termina por plasmarse en movimientos revolucionarios que se fijan por objetivo poner término a tal situación y crean una sociedad completamente nueva, construida sobre bases inéditas, a partir de valores que hasta entonces le eran desconocidos. Si estos movimientos revolucionarios han adoptado por táctica en la lucha una política de sobrevaloración de las peculiaridades nacionales y del pasado cultural para librar el combate con eficacia, en realidad su rechazo radical se vuelva tanto en el presente como en el pasado. La ideología revolucionaria, rompiendo con el presente alienante y volviendo la espalda al pasado, "rechazando en bloque toda la herencia cultural, so pretexto de que es enteramente retrógrada, se encuentra superada y no hay en ella nada que sea progresista",¹¹⁾ propone la fe y el fervor en un porvenir idealizado, más perfecto de lo que el hombre haya conocido nunca. Esta actitud radicalmente negativa del pasado obedece, de hecho, a una concepción unilineal del desarrollo de la sociedad que confunde implícitamente el progreso con la novedad haciéndolo coincidir con el avance cronológico. Ignora las bases elementales de la dialéctica social en la transformación de las sociedades, pues las tres dimensiones temporales -pasado, presente, futuro- están orgánicamente vinculadas, y hay entre ellas relaciones inextricablemente interdependientes y mutuamente fecundas. Así pues, es ilusorio pensar que una hipotética cultura edificante pueda surgir sin más de los valores culturales del pasado y originarse en percepciones, motivaciones e intereses propios de una clase social determinada -aun la clase trabajadora- para servir de proyecto colectivo a un consenso cultural y espiritual y proceder así a la construcción nacional y a realizar el esfuerzo continuo necesario para un desarrollo sostenido y a largo plazo. En realidad, estos nuevos valores culturales no provienen de una producción endógena ni reflejan las aspiraciones profundas de todos los nacionales, ni siquiera, verdaderamente, de una clase social determinada, sino el producto de una importación del exterior, impuesto a la población por un grupo de nacionales activistas, so pretexto de que son valores "científicos y universales", benéficos para todos, en cualquier sociedad y época, al igual que los valores exógenos impuestos durante la colonización por extranjeros en nombre de la civilización", de la "verdad divina" y del "progreso".

d) Del enfoque reduccionista al "etnodesarrollo"

Hasta una época relativamente reciente, fueron los etnólogos y los antropólogos los que estudiaron las sociedades colonizadas llamadas "salvajes" "primitivas", "arcaicas" o "indígenas". Ha sido mucho más cerca de nuestros días, sobre todo a raíz del acceso a la independencia de numerosos países antiguamente colonizados y que sucesivamente han venido a ser primero "países atrasados" (backward), países subdesarrollados (under-developed) y finalmente "países en desarrollo" (developing countries), cuando los sociólogos han estudiado esas sociedades como todas las demás. "Antes, los antropólogos que trataban de comprender y explicar el funcionamiento interno de esas sociedades "arcaicas", tenían en cuenta también la influencia de factores externos pero, sobre todo, en el aspecto de la difusión cultural a través de los contactos entre dos o más culturas".¹²⁾ El colonialismo es un fenómeno de difusión bien diferente del que se observa entre sociedades que mantienen relaciones mutuas menos desequilibradas, pero los antropólogos centraban su atención sobre todo en la desintegración de la sociedad "arcaica". "No les parecía que las relaciones con la sociedad colonialista adoptasen la forma de otro sistema más abarcador, el sistema colonial",¹³⁾ que origina una situación bien caracterizada.

Los antropólogos realizaron los estudios sobre las sociedades "arcaicas" en función de las perturbaciones provocadas por las sociedades modernas, "sin tener el sentido de una reciprocidad de perspectivas entre sociedad colonizada y sociedad colonial". Por otra parte, "en una parte importante de la antropología (principalmente la americana) se han estudiado las sociedades arcaicas bajo una perspectiva excesivamente "culturalista": bajo la influencia de Malinowski, sobre todo, se ha visto la realidad social en el aspecto de una cultura, no suficientemente como una organización social global".¹⁴⁾ En estos estudios antropológicos, como también señala G. Balandier, "se echa especialmente en falta esa referencia a la sociedad global que es la colonia" y al modo de organización social específico que es el sistema colonial. "A decir verdad, lo que falta es el propio sentido de la realidad social, del campo de las relaciones complejas que constituye esta última y de las relaciones antagonistas que en ella se manifiestan".¹⁵⁾

En esa misma trayectoria, no faltan etnosociólogos que efectúan investigaciones sobre la cultura de las minorías étnicas nacionales, principalmente en el contexto de los países latinoamericanos, según el mismo enfoque reduccionista, y ocultando a menudo los aspectos fundamentales de la realidad social en dos niveles: primeramente, en el de las relaciones con la sociedad global, y luego, en el de los componentes de la identidad cultural. Cabe distinguir entre los elementos constitutivos de la cultura cuatro categorías:

- 1) los que se refieren a las relaciones del hombre con la naturaleza: tecnología, artesanía, medicina popular, recetas culinarias, nancias y magia, etc.;
- 2) los que presiden las relaciones entre los hombres: lengua, sistema de comunicación y de educación, fiesta, arte (folklore, música, danzas, etc.), actividades lúdicas, guerra, etc.;
- 3) los que se refieren a la vez a las relaciones entre humanos y entre el hombre y la naturaleza: modo de organización social y económica, relaciones de producción, nexos familiares, etc.;
- 4) los que rigen los nexos entre el hombre y el ámbito supranatural: doctrinas religiosas, creencias y prácticas populares.

Las dos primeras categorías tratan de los aspectos más visibles y más fácilmente identificables, pero también más "superficiales" de la cultura. Las dos últimas son más difíciles de captar y de comprender, pero representan los verdaderos valores de una cultura, que residen, en último análisis, en las concepciones de la vida de un pueblo (concepciones cosmogónicas, modo de vida social, moral, sentimental, espiritual). Atendiendo a la distinción que se ha hecho anteriormente entre especificidad-hecho y especificidad-valor, cabría decir que las dos primeras categorías de elementos constitutivos de la identidad cultural (sobre todo la primera), pertenecen al primer grupo, de tal modo que los estudios etnoantropológicos antes mencionados, que concentran su atención en las expresiones artísticas, folklóricas, lingüísticas o lúdicas y en los utensilios o recetas culinarias, etc., no abordan más que aspectos superficiales y formales (o vestigios) -aunque concretos- de una cultura (con frecuencia en vía de desaparición). Esta corriente etnoantropológica desemboca, en su trayectoria reduccionista, en un enfoque del "etnodesarrollo" marginalizado de las minorías étnicas. Este tiene al menos el mérito, sobre todo en el contexto de los países de América Latina, de oponerse al "etnocidio", que es el aniquilamiento de la cultura de las minorías étnicas (indias) por la cultura dominante (española). Sin embargo, apenas si es posible transponer el mismo enfoque y la misma visión -que suscitan ya reservas incluso en esos contextos concretos- al análisis de los problemas de los países en desarrollo, pues hay que estudiar estos últimos considerados como naciones soberanas en la comunidad internacional, con todas sus características y prerrogativas, y no como minorías étnicas de una nación.

e) Del enfoque "integrarista-fijista" y estéril de la identidad cultural al "desarrollo separado o el apartheid"

Una aplicación extrema del enfoque del desarrollo marginalizado al que hemos aludido se encuentra en la política del apartheid. So pretexto de "respetar" la originalidad y la autenticidad integrales y para preservar la unicidad de la cultura negra, el régimen del apartheid de la República de Sudáfrica impone a sus nacionales negros un ghetto hermético en todos los planos, político, social, cultural, excepto en el de la provisión de mano de obra barata. Esta política de explotación inhumana, unánimemente condenada por las naciones, está oficialmente construida sobre la base de la discriminación racial y cultural, pero en realidad se añade a ella la dimensión del espacio, objeto de acaparación por la población blanca dominante.

Mientras que el desarrollo, como todo fenómeno de la vida, se caracteriza por el cambio y la evolución dinámica, la ideología del apartheid trata de confinar la cultura negra en una fetichización deliberada de la especificidad, al estado de la unicidad-hecho, y, por tanto, como un vestigio documental, en lugar de considerarla como una especificidad-valor dotada de vitalidad dinámica y portadora de enriquecimiento potencial.

Ante este régimen execrable que hiere profundamente la conciencia de la humanidad, los países occidentales han adoptado hasta ahora una política ambivalente por la contradicción que supone, de hecho, la preocupación fundamental de velar paralelamente por sus intereses inmediatos y a largo plazo. Y así, en las Naciones Unidas la condena del régimen del apartheid es casi unánime, lo que obedece al deseo de no herir la sensibilidad de los países africanos y mirar así por el porvenir. Pero, al mismo tiempo, las resoluciones aprobadas casi por unanimidad no pasan de ser papel mojado: los países occidentales continúan sosteniendo el régimen racista mediante relaciones mutuas en todos los sectores, en particular el económico, donde sus intereses son enormes (Shell, Philips, bancos, etc.). ¡Ejemplo flagrante de la contradicción que existe entre las exigencias morales, el ideal cultural y los intereses económicos!

Hemos pasado revista a las principales corrientes ideológico-culturales relativas al desarrollo. Situada en su contexto, cada una de ellas -salvo el apartheid, que es un desafío descarado a nuestro tiempo y a la conciencia de la humanidad- responde a un aspecto de las necesidades culturales de las sociedades. Sin embargo, pecan por exceso de inmovilismo (corriente "arcaizante"), por el vértigo del progreso (corriente "tecnocrático-racionalista-modernista"), por el defecto de arraigamiento (corriente "futurista-radicalista") por su visión parcial (corriente del "etnodesarrollo") o por la intención alienante ("apartheid"). Para proponer un enfoque cultural apropiado, es necesario situar correctamente la dimensión cultural en el devenir de las sociedades.

g) En busca de un enfoque cultural global por el devenir de las sociedades del Tercer Mundo

Los pueblos del Tercer Mundo están confrontados a cuatro problemas y tareas fundamentales íntimamente ligados: la independencia política por la liberación nacional, la justicia social y económica por la revolución interna (y la lucha internacional), el progreso y el bienestar humano por el desarrollo, la afirmación y la plenitud de la personalidad cultural en la perspectiva de la contribución a la civilización común de la humanidad. Estos son componentes esenciales y complementarios de un movimiento sociohistórico global del devenir de esas sociedades.¹⁶⁾

La importancia de la identidad cultural varía según las tareas que se han de realizar y los objetivos que se persiguen: ocupa un lugar preponderante en el primer cometido de liberación nacional, pues una de las razones fundamentales de la reivindicación de la soberanía nacional es la de poder vivir y desarrollarse según sus propias concepciones y valores; representa evidentemente el núcleo central de la cuarta tarea en la afirmación de la personalidad cultural y el pleno desarrollo de la civilización. A primera vista, el papel de la identidad cultural, por hallarse ésta mirando hacia el pasado y por el peso de la tradición, parece menos importante, y a veces negativo para el desarrollo económico y el progreso social.

Pese a la importancia y a la urgencia de estas dos tareas, no es posible amputar el cuerpo social del alma orientadora que constituye la identidad cultural de un pueblo. Al igual que el ser vivo, la sociedad no puede desarrollarse y realizarse plenamente sino con la totalidad de sus órganos y funciones. El enfoque reduccionista del movimiento sociohistórico, actualmente dominante, que tiende a reducir abusivamente el cometido al único problema del desarrollo, podría mutilar gravemente el devenir histórico de las sociedades y los pueblos de las regiones en desarrollo. En la práctica, la ideología "desarrollista", de tendencia tecnocrática y de base economista, ha tenido que hacer frente a obstáculos insuperables al apartar del campo de acción y de reflexión y minimizar, en los hechos y en el funcionamiento, los componentes culturales y cualitativos, sociales y humanos del desarrollo.

Una vez admitida y reafirmada la importancia esencial de la dimensión económica, se trata de integrarla en el proceso global de transformación profunda para abrir paso al verdadero progreso. Afirmada y reivindicada la importancia primordial de la dimensión cultural en el desarrollo y el devenir de las sociedades, es necesario restituir la identidad cultural en la plenitud de sus elementos más representativos, más auténticos y más profundos -modo de organización social, económica, creencias religiosas y prácticas populares (y no sólo las expresiones artísticas, lingüísticas o folklóricas)- a fin de utilizarla como "fuente" y como catalizador de un desarrollo endógeno y autocentrado, equilibrado y auténticamente humano.

Las sociedades en desarrollo, después de un largo periodo de alienación duramente acusada por la irrupción brutal de elementos extraños en su intimidad cultural, experimentan la necesidad urgente de reconstituir su personalidad cultural y la unidad de su proceso histórico, paralelamente, por no decir previamente a su arranque hacia el futuro.

Por eso, los pueblos de los países en desarrollo, traumatizados ya por la disgregación de su identidad en el periodo de dominación extranjera, se adherirán difícilmente a un proyecto de sociedad fundado en una ruptura radical con su pasado, aun en la perspectiva de un porvenir material prometedor. En cambio, si advierten que la transformación se va a realizar con continuidad hacia un nivel superior, con relación a su pasado cultural y a su existencia social e histórica, es decir, a su propia civilización, accederán a movilizarse y a participar con entusiasmo y abnegación en la empresa histórica de su nación. Pues "toda civilización empieza por ser una identidad", y "la tendencia fundamental del ser" -y del ser social- "es la de preservar ante todo su ser". La lucha por el progreso debe apoyarse en el "núcleo positivo" de los valores culturales y éticos heredados del pasado, sin caer en la tentación de idealizar este último excesivamente, para no olvidar las contradicciones sociales del presente y la necesidad de una reforma radical de las estructuras, con vistas a un proyecto de sociedad que responda a las condiciones particulares de este fin de siglo.¹⁷⁾

La cultura no es uniforme en todos los sectores y grupos sociales en ninguna sociedad. Está diversificada en el plano personal como las diferencias fundamentales del individuo en la sociedad. Incluso la cultura más homogénea entraña grandes variaciones que tienen su raíz en la diferenciación sociocultural y geoeconómica de los grupos y las comunidades. Las "subculturas" se originan con frecuencia por la pertenencia religiosa y los estatutos sociales, como la clase, el origen étnico, las diferencias y discriminaciones regionales (urbanas, rurales), y los principales factores determinantes son a menudo divisiones horizontales y verticales de la sociedad tales como la división del trabajo y la estructura de clases. El desarrollo endógeno, que radica en los fundamentos culturales, no debería -sobre todo en las sociedades complejas de nuestros días- hacer abstracción del fenómeno de la "subdivisión de la cultura" y olvidar la dimensión conflictiva de las estructuras sociales.

El desarrollo, como otros valores importantes, ha sido desviado a menudo de sus objetivos fundamentales en provecho de las clases sociales dominantes, que apartan del poder de decisión a amplias capas de la población. El modelo tecnoburocrático de organización social y económica, basado en el elitismo -minoría con frecuencia formada en el extranjero y orientada hacia el exterior- da preferencia al papel de los expertos y a la centralización administrativa en detrimento de la participación de las poblaciones y la iniciativa creadora, la adaptación flexible y funcional de los medios utilizados, de las instituciones y los procedimientos en las situaciones reales y evolutivas de la sociedad. Y así, la verdadera participación de las poblaciones en el desarrollo constituye no sólo la condición fundamental de toda acción de desarrollo, sino también, sobre todo, una condición de garantía indispensable para forjar y aplicar el desarrollo endógeno; sin ella, cualquier enfoque y política de desarrollo probablemente carecería de fundamentos sólidos y el propio concepto y modelo del desarrollo sería usurpado por grupos sociales dominantes o activistas.

Para estar a la altura del progreso y de las exigencias de su época, la cultura de un pueblo, cualquiera que sea su valor, deberá incorporar, además del capital nacional -pasado y contemporáneo- los elementos más útiles del patrimonio y de los valores culturales de la humanidad. Los conocimientos científicos y técnicos, los valores políticos y sociales contemporáneos (democracia y justicia social) han venido a ser bienes comunes de la humanidad que ninguna cultura puede rechazar. Sin embargo,

el eurocentrismo se escuda siempre tras el racionalismo, y es preciso guardarse de confundir la racionalidad científica única con la universalidad, pues "en la actualidad no existe una única racionalidad de la ciencia, sino a lo sumo varios tipos diferentes de racionalidad que con frecuencia compiten entre sí".¹⁸⁾ La tecnología occidental representa, de hecho, un elemento de la cultura occidental. Por otra parte, "considerada desde el punto de vista histórico y del bienestar del pueblo, la cultura resulta ser mucho más universal que la ciencia".¹⁹⁾

Mientras que "la ciencia es buena para tratar con problemas relativos a la simplicidad, los problemas realmente importantes son los complejos, y en esto la cultura es insuperable e irremplazable".²⁰⁾ La técnica y la ciencia pueden aportar el bienestar material, pero la cultura permite a la sociedad mantener su cohesión por un sentimiento de identidad y de pertenencia, y al hombre, conservar su equilibrio mental. Proporciona el marco particular, las estructuras específicas y los valores simbólicos que hacen posibles y significativas las transacciones sociales y económicas y las relaciones humanas. Es, ciertamente, la base fundamental y el arte para la búsqueda del bienestar, habida cuenta de las necesidades y aspiraciones del hombre, de los problemas, posibilidades y limitaciones que le impone su propio entorno particular. "Parte de la angustia no resuelta de la sociedad tecnológica es que trata de reducir todos los problemas a problemas simples (...) que han sido reducidos a una mera caricatura unidimensional de los originales".²¹⁾ Cuando los mecanismos invisibles de la cultura empiecen a degradarse, ya sea por la invasión de la técnica ya sea por una política deliberada de agresión cultural practicada por los extranjeros o por los propios nacionales en nombre del pseudo progreso y de la ciencia, se tomará mejor conciencia de su papel irremplazable.

Existe hoy en día una corriente a la moda del "ecodesarrollo" cuya ambición es integrar en el análisis del progreso y en la política del desarrollo el marco global del medio ambiente, descuidado a menudo hasta ahora. No obstante, sin una toma de conciencia suficiente y sin considerar debidamente la importancia primordial de la cultura, que es la resultante y la síntesis creadora de múltiples dimensiones del hombre, que vive en relación dialéctica y a la vez simbiótica permanente con la totalidad de su entorno, se corre el riesgo de ocultar también en este caso, como en el enfoque reduccionista del "etnodesarrollo", la plenitud de la dimensión cultural en provecho de otros elementos cuya importancia, a fin de cuentas, no puede compararse a la de ésta. No hay que dejar que la cultura quede sofocada ni por la tecnología, ni por la ciencia, ni por la economía, ni por el medio ambiente, y es preciso integrarlos todos en la cultura en lugar de intentar lo contrario.

Se observa, en cambio, por desgracia, que ciertas ideologías y ciertos regímenes revolucionarios, al pretender construir un "hombre nuevo" en una "nueva sociedad", han preconizado una trayectoria diametralmente opuesta, relegando todo el sentido y la sustancia de la cultura al ámbito de lo económico: y así, so pretexto de economizar tiempo y dinero, las autoridades políticas de esos países (sobre todo asiáticos) tratan de imponer a la población la colectivización de la ceremonia del matrimonio y la del entierro -los dos momentos más cargados de emoción, de sentimientos humanos y de cultura- confiando toda la tarea, "mediante una cotización módica" de los interesados, a los dirigentes oficiales de la cooperativa a la que pertenecen. Con ello se trata de abolir la tradición cultural, los usos y costumbres que se condena por "retrógrados" al tiempo que se destruye la intimidad personal, con el doble afán de interés económico y de la pretensión ideológica de construir un "hombre nuevo" en una "sociedad nueva".

Bien es verdad que no puede haber desarrollo sin recurrir a la ciencia y a la tecnología, sin tener en cuenta las leyes y mecanismos de la economía y sin respetar las limitaciones o sacar provecho de las riquezas del entorno, pero el verdadero desarrollo no se obtiene más que cuando la ciencia, la técnica, la economía y el

medio ambiente se convierten en cultura o, al menos, la respetan. Cabría ampliar la fórmula a menudo utilizada por la Unesco para dar la definición del desarrollo, que podría ser la siguiente: "el desarrollo es la ciencia (la tecnología, la economía, el medio ambiente, etc., en suma, todas las actividades humanas) convertidas en cultura". Esto es, en realidad, "el desarrollo endógeno, cuyo centro es el hombre".

NOTAS

1. Resolución 3201 (S-VI), punto 4 d) - sexto periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas - 1974.
2. En lo relativo a las partes a), b) y c), véase, en particular, Abdul Azíz Belal, Cultura y desarrollo: perspectiva desde el subdesarrollo, en Culturas (París), Unesco, vol. VI, nº 1, 1979.
3. ROCHER, Guy. Introduction à la sociologie générale, Tome 3, Le changement social, p. 236, París, Editions HMH, 1968.
4. Ibid., p. 237.
5. Ibid., p. 237, citando a Georges BALANDIER, Sociologie actuelle de l'Afrique noire, 2a. edición, París, Presses Universitaires de France, 1963.
6. Abdul AZIZ BELAL, op. cit., p. 36
7. Ibid., p. 37
8. Id.
9. Id.
10. ROCHER, Guy. Op. cit., p. 240.
11. Abdul AZIZ BELAL, op. cit., p. 37
12. ROCHER, Guy. Op. cit., p. 220.
13. Ibid., p. 221.
14. Id.
15. Id., citando a Georges BALANDIER, op. cit., p. 24.
16. Abdul AZIZ BELAL, op. cit., p. 38
17. Ibid., p. 40
18. SKOLIMOWSKI, Henryk. Valores culturales, ciencia y tecnología: más allá del Pacto Fáustico, en Culturas (París), Unesco, vol. VI, nº 1, p. 125
19. Ibid., p. 126
20. Ibid., p. 127
21. Id.